

ginalidad e independencia» cultural capaces de impulsar el pueblo catalán hasta las más altas empresas, como la de esta Exposición. Con su realización, la ciudad «habrá dado la medida de lo que puede la inteligencia y la actividad de su pueblo, preparado larga y silenciosamente para la vida moderna», y por ello, dice, puede sentirse orgullosa de que se la compare con Manchester (*EAP*, p. 68), por su industria, o con París (*EAP*, p. 182), por sus bulevares comerciales. «Barcelona ha visto en bien pocos años engrandecerse su perímetro con su ensanche, hasta el punto de que hoy, próxima a absorber las industriosas villas que la rodean, se halla en vísperas de convertirse en vasto centro de población densísima tendida entre los dos ríos que limitaban su término. Barcelona proyectó y realizó infatigable diversas mejoras que han mudado completamente su aspecto; termina en estos instantes otras, y sueña con la reforma de su casco antiguo que se le impone como apremiante necesidad». (*EAP*, 1889, p. 166).

Además de reclamar la asistencia a la Exposición para que no decaiga este certamen Yxart reacciona contra aquellos ciudadanos que en la crítica del detalle incorrecto, olvidan el valor extraordinario del conjunto y no son capaces de apreciar el esfuerzo realizado, y procura estimular de los barceloneses y catalanes no el «orgullo necio que ciega y esteriliza, sino el de la convicción varonil de su valer que temple y enardece, para decidirse a aumentarlo y defenderlo en todas ocasiones» (*EAP*, 1889, p. 178). En este sentido han de entenderse las tres series de artículos que sobre la Exposición Universal de 1888 publicó, respectivamente, en *La Ilustración Artística*, *El Liberal* y *La Revista Puertorriqueña*, y luego resumió en el cuarto volumen de *El Año Pasado* (1889). Así, él que, con Oller, había sido cronista de la Exposición Internacional de París en 1878, ahora tenía la ocasión de ser testimonio privilegiado de la historia de Barcelona y de su evolución. Con estos artículos Yxart recibió toda suerte de reconocimientos por su trabajo como periodista como los que le valen el reconocimiento de Leopoldo Alas en *Ensayos y Revistas*.

Al igual que en aquella ocasión, Yxart empieza su crónica por la descripción externa de la ciudad, del recinto de la Exposición y de sus edificios, entre los que destaca el café-restaurant, para, luego, introducirse en los espacios interiores, señalar los adelantos técnicos y científicos que presentan los distintos pabellones, en contraste con la escasa innovación que ofrece el de Bellas Artes, y terminar con los congresos, discursos, cabalgata, concursos musicales además de las ceremonias de inauguración y clausura que convirtieron la ciudad en «teatro y espectador a la vez de un acontecimiento grandioso, o mejor, de una serie de acontecimientos, que no volverán a ver los nacidos».

Pero ¿cómo es esta ciudad nueva que estrena urbanismo? Yxart nos lleva de paseo por ella y nos muestra sus calles y edificios. Desde el Hotel Internacional conduce al lector por el Paseo de Colón, que acababa de estrenar iluminación eléctrica, y siguiendo por la acera del puerto, llega al monumento dedicado a este almirante, recientemente inaugurado, y desde allí a la estatua de Antonio López. Después continúa Ramblas arriba, que también estrenan luz eléctrica y llega a la Plaza de Cataluña, donde la presencia de algunos barracones, que desea se trasladen fuera de la ciudad, dan todavía un aspecto desordenado al conjunto que contrasta con las anteriores zonas urbanizadas. El recorrido se cierra bajando por el Paseo de San Juan. Al final del recorrido, la contemplación de la *ciutat nova* se traduce en admiración por las «grandes perspectivas, edificios construídos suntuosamente, jardines y encrucijadas anchurosas: todo propio de una gran ciudad, al que falta sólo mejor urbanización, pero que está llamando a la actividad y a la vida modernas» (p. 183).

A lo largo de todo el paseo, dos elementos caracterizan el relato: la presencia continua de la «multitud» que «se espacia y derrama» por las calles de la ciudad, el tráfico del muelle, detrás de «un intrincado bosque de mástiles y chimeneas de vapor», la «abigarrada aglomeración de barracones de feria» y el impacto de la luz o el claroscuro y las sombras que ésta forma y que se van descubriendo a lo largo del itinerario. Y es precisamente la luz de la ciudad con todo su brillo lo que Yxart quiere pintar en el texto donde explica el recorrido por la ciudad durante la verbena de San Jaime, como si se tratase de una «apoteosis teatral». La iluminación eléctrica estalla, aquí, «centelleando», o «arde como un ascua» allí. Es la luz de la ciudad que hace de la noche día y que separa el espacio urbano, de cálida atmósfera, de la vacuidad de la noche que le envuelve. Una oscuridad que «las linternas de los peones de la vía férrea» o «los faroles rojos de la locomotora» (pp. 248-249) se ocupan de resaltar. El juego de luces y sombras dentro de la ciudad hará aparecer en el capítulo dedicado a «La cabalgata», entre las páginas de esta pintura impresionista de la Exposición de Barcelona, la imagen fugaz de la *passante* de Baudelaire, como en *La Papallona* de Narcís Oller, sólo que aquí se trata de una versión más desencajada: «Uno vio mi hombre que, entre las sombras y el contraste de luces, parecía un capricho de Goya, con una mujer de horrible catadura, arrebujaada en su pañolón y empuñando un triste farolillo de aceite para hacer que cumplía las ordenanzas municipales» (p. 334). Y como este personaje anónimo, también el narrador sabe que el ruido de las masas es indiferente al sentimiento de soledad que invade al narrador.

Pero volviendo al capítulo de la verbena, la luz ahora se ha hecho agua y el agua, luz, y todo ello es un rumor que se confunde con el de la multitud. La fuente luminosa fue, en esta ocasión, uno de los mayores atractivos de la noche para la multitud que, una vez más, «inmensa y compacta, no permite dar un paso» (p. 247). En otro artículo se habla de la gente que asiste a «La cabalgata», celebrada en octubre, como si se tratara de una «tribu», de «pandillas», de «familias transhumantes», de »miles de personas», de «multitud». Un gentío que toma posesión de todo el espacio ciudadano. Yxart, por medio de un narrador en tercera persona, transmite fielmente al lector una sensación casi de asfixia. La ciudad se convierte en escenario y estos actos son el espectáculo para los asistentes que, a su vez, representan ante los ojos del narrador-espectador. En ella, las luces, iluminan el espectáculo, y a la vez difuminan a los espectadores del otro lado de la calle. Un espectáculo entre la «orgiaca mascarada» y el «verdadero ensueño artístico por la esplendidez y propiedad de muchos pormenores y, aún, del conjunto» (pp. 331-332).

También Joan Sardà, desde *La Vanguardia*, habla de la Exposición. Compara Barcelona con París y destaca el carácter innovador y modernista de construcciones como el Hotel Internacional (*El derribo del Hotel Internacional*, en *Obras Escogidas*, II, p. 281-289), «alarde de genio en la invención; un alarde de actividad en la ejecución y en la invención de los medios ocultos con que cuenta nuestra ciudad para salir airosa de cualquier empresa que se proponga por desproporcionada que parezca con relación a su modo de ser corriente y normal». Pero el punto de vista de Sardà es más descriptivo y no juega a marcar la distancia que hay entre las multitudes y la voz del narrador, con la excepción de este último artículo donde, en un momento determinado, compara la Barcelona de la Exposición de 1888 con «una colmena en plena ebullición primaveral».

La Exposición, con todas las reformas urbanísticas que había aportado a Barcelona, era la garantía de su modernización definitiva y de la desaparición de la ciudad antigua que mitificaban, elegíacamente, Emili Vilanova y Josep Coroleu. Yxart, en cambio, consideraba que no se debía llorar el pasado (*Idem*, p. 186), aunque pedía que, antes de que no desapareciera completamente se procediera aquí, como en París, a elaborar esbozos que contengan parte de «la verdadera historia de un pueblo, la clave precisa de los acontecimientos pomposos, la levadura pegajosa e ingrata a la vista, pero levadura, al fin, de todas las vicisitudes de los barceloneses». Todo el material que hoy pueda recogerse todavía, mañana habrá de ser de un alto interés histórico para hallar «el enigma de lo pasado en la reconstrucción de toda la realidad» (*Idem*, p. 185). Tres años más tarde, en *Una sesión aca-*

démica, y después de constatar una vez más las transformaciones de la ciudad, subrayará hasta qué punto la Barcelona tradicional no se resigna a morir, todavía, y no cede en la conservación de sus genuinas y rancias tradiciones.

Pero nada puede detener el crecimiento progresivo de la moderna Barcelona, convertida ya en un auténtico punto de referencia. Y cuando, con la Exposición, llegaron las personalidades más destacadas de la política española, sus discursos fueron incapaces de dar respuesta al dinamismo que planteaba la realidad social catalana y menos aún de asimilar sus aspiraciones. Ya lo insinuaba Yxart antes de la inauguración y en *Brindis* comenta: «Ve, Barcelona ve; continúa callada y retraída, guardándote tu brindis. Habrás hecho el esfuerzo mayor que hiciste en tu vida, habrás preparado el acto más trascendental para ti en este siglo, habrás comprometido tu hacienda, ¿para qué? ... para que se alce con toda gloria, el brindis fantoche, el brindis exótico, el brindis centralización, que, cogido al telégrafo te presentará a las naciones, no con tu fisonomía real, sino con la carátula que a sus intereses importe» (*Idem*, p. 71). La crítica que Yxart hace a los discursos de los políticos reduce su visita a Barcelona a la representación de una «ridícula comedia política». Con palabras de Clarín, señala la necesidad que los escritores se involucren en la regeneración moral y estética del país. A ellos, «independientes y absortos hasta hoy de un modo exclusivo con la literatura, les corresponde ya, dentro de sus medios y sus especiales aptitudes, juzgar la política y sus hombres, desde un punto de vista estético, si cabe la frase, o como observadores de costumbres» (*Idem*, p. 284). Él mismo ve necesaria su intervención, no sólo para combatir estas actitudes, sino para destruirlas y «precipitar así su visible decadencia», (p. 185) tal como habían hecho los enciclopedistas. Opinión que repetía desde su última obra *El arte escénico en España*. (1894-1896).

Con todo, ahora, la ciudad disponía de la fuerza y autoestima conseguidas para poder continuar avanzando, tal como Yxart señala en el *Epílogo* de estos artículos publicados en *El Año Pasado* (1890), por el camino de la tolerancia, la modernidad y el progreso intelectual y técnico. Y si la describe es con el deseo de poder verla, un día, convertida en gran ciudad, con el convencimiento de que sus comentarios habrán de servir a la memoria colectiva para fijar este momento tan importante de su evolución.

En el marco de la Exposición de Barcelona *La Vanguardia* compró nuevas máquinas y de la mano de Modesto Sánchez Ortiz se lanzó a renovar el periódico y la plantilla de sus colaboradores. Sánchez Ortiz, socio del Ateneo Barcelonés, conectó en esta entidad con una serie de intelectuales